



# REFLEXIONES sobre la fiesta de LA CRUZ de AÑORA

*Antonio MERINO MADRID,  
Cronista Oficial de Añora*

**L**a celebración de la Cruz en Añora ha conservado, milagrosamente en estos tiempos de globalización, todos los elementos que permiten caracterizarla como una fiesta auténticamente popular. Y lo es no sólo porque la participación del pueblo en el rito anual es intensa y comprometida, sino porque se trata aún de una de las pocas tradiciones que van quedando que no podría mantenerse sin la participación de la gente. En el calendario festivo anual hay muchas fiestas que en otro tiempo fueron populares, pero que hoy piadosamente hay que considerar ya tan sólo como institucionales (carnaval, fiestas patronales, mayordomías), por ser en ellas la participación popular en su organización meramente testimonial y haber quedado prácticamente toda su estructura en manos de instituciones civiles o religiosas.

La fiesta de la Cruz, en cambio, renace del pueblo cada primavera y no sería posible sin el afán espontáneo y desinteresado de las personas (más concretamente: de las mujeres) que le dan vida. Una llamativa

ausencia de liturgia eclesial y una intervención institucional limitada a determinados aspectos organizativos externos convierten al ritual de la cruz de mayo en Añora en una de las pocas muestras de auténtica cultura popular que van quedando incluso en zonas geográficas que, como la nuestra, han sabido guardar con cierto vigor sus ritos ancestrales de convivencia social.

Independientemente de que ciertas actuaciones municipales hayan favorecido esta pervivencia (como la instauración de un concurso con premios, el traslado de su fecha de celebración al fin de semana o su declaración como Fiesta de Interés Turístico de Andalucía), no cabe duda de que el mérito fundamental de esta resistencia a la claudicación corresponde a la generosa disposición de las vecinas de Añora, que a lo largo de las generaciones han sabido implicarse personalmente con el rito y transmitirlo a sus descendientes, de modo que la siempre latente amenaza de la falta de compromiso de la juventud nunca ha llegado realmente a constituir, hasta ahora, un riesgo verdadero.

La identificación localista de la celebración y el carácter competitivo inherente a todo certamen ritual propicia una rivalidad ceremonial que, aunque en realidad se manifiesta más simbólica que real, ha contribuido en este caso a fortalecer la fiesta popular. En Añora, las cruces no tienen una organización estable durante todo el año, sino que se establece coyunturalmente con ocasión de la fiesta. No hay bienes comunes ni instalaciones permanentes, sino que tan sólo en los meses previos a la fiesta se constituye una estructura humana de trabajo, regida por normas consuetudinarias que no se discuten y a cuyo mantenimiento los propios integrantes colaboran económicamente. En este sentido, la fiesta cumple también la función esencial de reforzar la identificación de los vecinos con su calle o barrio, o mejor aún, con su cruz. La cruz se eleva como eje vertebrador de unos lazos sociales indefinidos durante el resto del año, pero que con ocasión de la fiesta se despiertan y renuevan. Todavía hoy, los vecinos aprecian en la organización espontánea en torno a la fiesta de la Cruz una garantía de pervivencia de su identidad, que se percibe vagamente, sin perfiles definidos, pero que se intuye importante para el mantenimiento de la propia comunidad. Las quejas sobre el peligro de desaparición de la fiesta son más que rituales: obedecen a una auténtica preocupación de que la pérdida de estos referentes conocidos desde la infancia y sustentados por la memoria antigua de los mayores contribuya de modo inevitable a romper el status vital de un pueblo, sustentado en tradiciones y modos de vida que con inquietud se ven quebrar frecuentemente.



La rivalidad ritual entre las cruces, que se manifiesta en la ocultación ostentosa de los diseños y motivos decorativos de cada instalación (o en el hecho, también ceremonial, de que familiares pertenecientes a diferentes cruces dejen temporalmente de relacionarse para evitar filtraciones), contribuye asimismo a otorgar interés y viveza a la celebración. Los premios económicos, instituidos por el ayuntamiento en la década de los setenta del siglo pasado, han contribuido al sostenimiento de la fiesta y a una evolución artística inimaginable hace décadas. Pero, sin embargo, no puede considerarse el interés material como el motor de este desarrollo, pues con frecuencia la cuantía de los premios no alcanza siquiera a los gastos efectuados por la organización crucera, sino que habría que pensar más en el espíritu competitivo, plasmación de esa rivalidad ritual entre calles y barrios, como el auténtico gestor de que las instalaciones cruceras se hayan convertido en auténticas obras maestras de arquitectura artística. Pensemos que en otros lugares, incluso de la propia provincia de Córdoba, donde las subvenciones a las cruces por parte de los ayuntamientos u



otras instituciones son más generosas, no se ha logrado el nivel de desarrollo artístico alcanzado en Añora, sino que la abundancia económica tan sólo ha servido para aumentar la fiesta convencional a su alrededor (verbenas, barras para bebidas, *tablaos*, etc.), prueba ello de que tan sólo si existe un arraigo profundo de la celebración, ésta puede evolucionar sin distorsionar totalmente sus elementos fundacionales.

Como en tantas otras hazañas de la vida local, los artífices de esta proeza son seres anónimos, cuyos nombres no han sido registrados por la historia. Las cualidades del ciudadano, al modo en que se entendían tradicionalmente, están aquí muy presentes: responsabilidad con el pasado y empeño con el futuro, cooperación desinteresada, respeto a las costumbres de los antepasados, ilusión frente a lo misterioso del ritual festivo. Cualidades todas ellas que han sido capaces de desarrollar, con un autodidactismo que resulta aquí paradigmático, un progreso artístico que jamás han conocido otras manifestacio-

nes de la cultura popular local o comarcal. Contrariamente a lo que podría conjeturarse, el alto nivel artístico conseguido en la elaboración de las cruces noriegas no ha desvirtuado un ápice su esencia popular, puesto que (al revés de lo ocurrido en otros lugares, donde la elaboración de bocetos previos a la instalación queda en manos de profesionales) todos los procesos de elaboración artesanal residen aquí todavía en el esfuerzo compartido de unas mujeres que en muchos casos jamás han oído hablar de las tendencias artísticas que sus diseños evocan.

El entusiasmo y la abnegación de las mujeres noriegas en la organización y ejecución de la fiesta de la Cruz supone una experiencia inolvidable para el visitante que viene a verlas por primera vez, e incluso para el forastero que, atraído por su irresistible seducción, las frecuenta anualmente. Pero el pilar y fundamento de tan singular celebración se justifica por la participación activa de todo el pueblo de Añora en la mágica noche de "la velá". En ninguna otra ocasión en todo el año (ni siquiera, me atrevería a asegurar, en las fiestas patronales de agosto) hay una intervención tan diligente y eficaz por parte del pueblo, que se siente hermosamente obligado por una tradición que de este modo colabora a mantener. La experiencia interior no es, pues, antropológica (en el sentido lúdico en que hoy se emplea este término), sino puramente vivencial: los noriegos sienten la fiesta como parte imprescindible de su existencia, como un eslabón que anuda y da consistencia a la cadena de su biografía vital. No hay noticias de que, con mayor o menor intensidad, esta fiesta haya dejado de celebrarse en alguna ocasión, ni siquiera cuando los más terribles acontecimientos de la historia española del siglo XX dejaron en suspenso tantas otras tradiciones.

Este engarce vital con la tradición obliga a un esfuerzo colectivo mayor, a volcar todo el empeño por proteger y salvaguardar la fiesta de la Cruz de Añora, conservando en lo posible sus valores ancestrales mantenidos durante generaciones. La revolución social producida en los últimos años a consecuencia de las innovaciones tecnológicas y de la comunicación dificultan en extremo este propósito, por razones que habrán de abordarse en otra reflexión. Por eso, precisamente, el reto es mayor y su consecución sólo será factible con el concurso unánime de todo el pueblo, que deberá sentirse convencido de la trascendencia de esta tarea. Porque no se trata sólo de conservar una fiesta, sino de mantener uno de los pocos modos de actuación heredados del pasado que resultan compatibles con la sociedad contemporánea. Uno de los pocos, además, a cuyo rescate todavía no hemos llegado tarde.